

DOMINGO XXX de Tiempo Ordinario CICLO C (27 de octubre 2019)

La humildad, consiste en asumir como propio todo lo de los demás: lo bueno y lo malo. A esto empuja el espíritu de humildad. (Rovirosa OC, T.I. 147)

La falta de un reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites es lo que impide a la Gracia actuar mejor en nosotros, ya que no le deja espacio para provocar ese bien posible que se integra en un camino sincero y real de crecimiento. (GE 50)

Comienzo por leer despacio los textos anteriores, y desde la resonancia que me provocan, me sitúo y oro.

Reconocer los propios límites va de la mano de la capacidad de reconocer, aceptar y acoger todo lo que hay en los demás, en cada uno y cada una, como don de Dios y presencia de Dios; va de la mano de la capacidad de reconocer a Cristo en el otro.

Lo ha experimentado Hermenegildo, y lo cuenta en la [sección de abrazos del ¡Tú! de octubre-noviembre](#). Su experiencia puede ayudarme a mirar la propia.

Convendría que hoy comenzara por ahí, por revisar mi vida en relación a cómo me sitúo ante las personas, a cómo las acojo, a cómo las trato y camino con ellas; según sea descubriré que del mismo modo me sitúo y acojo a Dios.

LOS BUENOS (adaptación)

Hay algo peor que tener malas ideas:
es tener ideas definitivas.

Hay algo peor que tener mala conciencia
y aún peor que hacerse una mala conciencia:
es tener una conciencia perfecta.

Hay algo peor que tener un espíritu perverso:
es tener un espíritu acomodado.

Hay deficiencias en la acción de la Gracia
precisamente porque los mejores, los buenos,
al menos aquellos a quienes llamamos buenos
y que gustan de ser llamados tales,
no tienen defectos en su armadura. ¡Nunca son heridos!
La moral de su piel, siempre intacta,
es una coraza y un caparazón invulnerables.

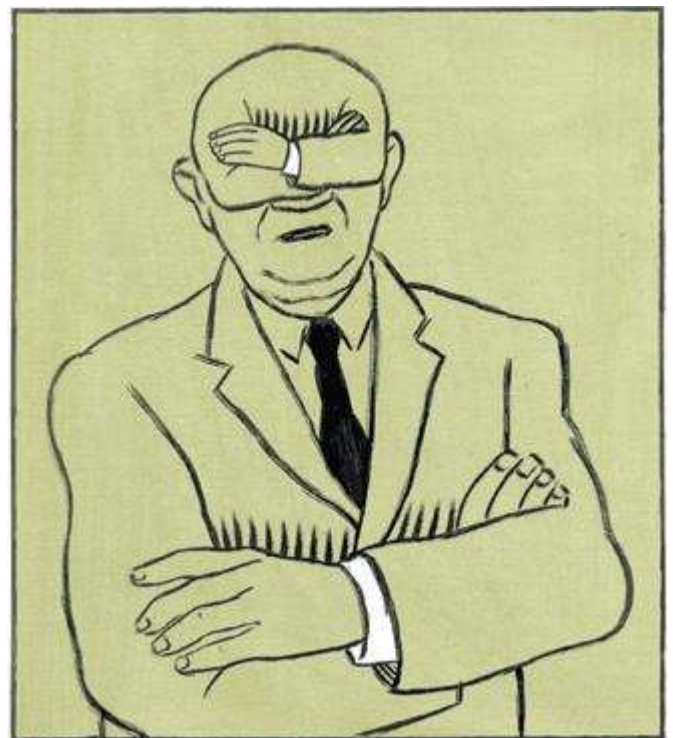
No tienen siquiera un resquicio
por donde pueda venirles la herida espantosa,
la desgracia irreparable;
ni un agujero, ni una puntada mal dada,
ni inquietudes mortales, ni segundas intenciones ocultas,
ni amarguras secretas,
ni descalabros perpetuamente disimulados,
ni una herida mal curada.

No presentan esa entrada de la gracia que es el pecado.
Como no han sido heridos se creen invulnerables.

Puesto que no carecen de nada, nada se les da.
Puesto que no carecen de nada, nadie les ofrece todo.
La caridad misma de Dios no cura lo que no tiene heridas.

Así pues, aquel que nunca ha caído, nunca será levantado;
y el que no se ha manchado nunca será limpiado.
Los buenos no son permeables a la gracia.

(Charles Péguy)

**Palabra se pronuncia en mi vida****Lc 18, 9-14.- “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”**

Dijo también esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres:

ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”.

El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”. Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Palabra del Señor

Confronto mi vida con la Palabra

La parábola del fariseo y el publicano contraponen dos maneras de orar pero, en el fondo, contraponen dos maneras de ser, de relacionarnos con Dios y con los demás. Una es rechazada por Jesús.



El fariseo se oculta –y a la vez, se encumbra- tras un caparazón de “buenas obras” que son su defensa, y la razón de su autocomplacencia. Él es centro de su vida y, también, de su relación con Dios: vengo a que reconozcas lo que soy, a que te sientas obligado hacia mí, porque gracias a mí mismo estoy salvado.

No tiene nada que esperar de Dios, porque “no es como los demás”. Por eso se permite despreciarlos, imposibilitando la fraternidad.

El publicano, en cambio, piensa que no tiene nada que ofrecer a Dios, porque no tiene nada bueno, o tiene poco de lo que vanagloriarse en su vida. Por eso se coloca a

distancia, *quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”*. Siente la necesidad de salvación, y espera ser perdonado por Dios. Lo único que tiene para ofrecer es su conciencia de debilidad, su pecado, sus límites.

Jesús no está “condenando” una manera de orar, sino negando valor a una actitud vital –la del fariseo- que nos lleva a manipular a Dios para ponerlo a nuestro servicio y, en consecuencia, rompe la fraternidad entre los seres humanos porque nos hace despreciar a los que creemos que son peores que nosotros. Nos erigimos en la medida. Nos colocamos en el centro de la existencia ocupando el lugar de Dios, a quien pretendemos poner al servicio de nuestros planes.

La espiritualidad del discípulo –el publicano- es la de quien porque reconoce su condición pecadora, acoge la necesidad de salvación, y se abre a la confianza en la misericordia y el amor de Dios. Solo poniendo a Dios en el centro y fundamentando nuestra experiencia en la entrañable acogida de su amor en nuestra vida, solo siendo conscientes de la acción amorosamente transformadora de la Gracia en nuestra existencia, podemos encontrarnos con nuestra verdadera y real imagen filial y fraterna, y abrirnos a la construcción de la fraternidad acogedora que nos hace encontrarnos con el regalo de los hermanos y hermanas en nuestra vida.

Hoy, cuando parece que lo más progresista es suprimir toda experiencia de culpa y toda conciencia de pecado, la parábola nos sigue mostrando cuál es el camino más sanador para la persona: llamar a las cosas por su nombre y saber arrepentirnos, sin angustias ni remordimientos estériles, para poder acoger ese amor que nos libera, nos transforma, nos restaura y nos abre a la esperanza de futuro de una vida renovada cada día, porque nos devuelve la dignidad de lo que somos.

Somos discípulos; seguimos aprendiendo cada mañana a amanecer en Dios, hasta que lo consigamos plenamente. Siempre hay en nuestra vida algo en que avanzar, en que crecer, que mejorar... siempre hay algo en lo que podemos aún parecer nos más a Dios, si dejamos que nos llene. Siempre queda fraternidad por vivir.

La humildad es la puerta de la comunión de vida.

A la luz de este evangelio, vuelvo a tomar conciencia de mis límites, de mi pecado, de lo que necesito convertirme, de aquello que solo el perdón puede sanar en mí.

Desde la celebración del sacramento de la reconciliación, me planteo en qué he de seguir creciendo en mi proyecto de vida para que sea más a imagen de Dios. ¿Cómo crecer en humildad?



LA ORACIÓN DEL PUBLICANO

Señor, ayúdame.
Ten compasión de mí, que soy una calamidad.
Conozco tu evangelio,
y sin embargo tantas veces no soy capaz de vivirlo.
Amo a medias.
Me descubro más egoísta que generoso.
Más cómodo que arriesgado.
Más incoherente que cumplidor.
Pero tú, ayúdame, porque te necesito.
Y yo sé que con mi fragilidad
tú puedes hacer maravillas.

(Rezandovoy)

Y para vivir lo que pido, ofrezco mi vida, unida a la de los pobres.

Señor Jesús, te ofrecemos todo el día nuestro trabajo,
nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas.

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de
trabajo, pensar como Tú, trabajar contigo y vivir en Ti.

Danos la gracia de amarte con todo nuestro corazón y
de servirte con todas nuestras fuerzas.

Que tu reino sea un hecho en las fábricas, en los
talleres, en las minas, en los campos, en el mar, en las
escuelas, en los despachos y en nuestras casas.

Que los militantes que sufren desaliento permanezcan
en tu amor. Y que los obreros muertos en el campo del
honor del trabajo y de la lucha, descansen en paz.

María, Madre de los Pobres,
Ruega por nosotros

